

IN MEMORIAM

ETIENNE GILSON (1884-1978)

Con el deceso de Etienne Gilson, ocurrido a sus noventa y cuatro años, desaparece una de las figuras más relevantes del pensamiento contemporáneo y, quizás, el tiempo lo dirá, de toda la historia de la filosofía. Avala este juicio una obra intelectual realmente asombrosa, no sólo por su extensión (más de cuarenta obras publicadas y un número ponderable de artículos, reseñas y prólogos), sino sobre todo por su calidad excepcional, una calidad, por otra parte, que se mantiene constante.

Y dentro de esta obra polifacética, ya que Gilson ha incursionado por los más variados territorios de la cultura, la filosofía ocupa, indudablemente, el lugar central. En tal sentido, le debemos a Gilson, en gran medida, el renacimiento de la filosofía medieval que contempla nuestro tiempo. Sus libros dedicados a San Agustín, a San Bernardo, a Santo Tomás, a San Buenaventura, a Duns Scoto resultan obras imprescindibles para todo cultor del medioevo, como asimismo su *History of Christian Philosophy in the Middle Age*, que constituye hasta el presente la mejor historia de la filosofía en la Edad Media a juicio de F. Van Steenberghen. Y también debemos agradecerle la fundación del *Institute of Medieval Studies* de Toronto, como asimismo la fundación y dirección, con el P. G. Théry, de los excelentes *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du moyen âge*.

Por otra parte, Gilson ha reactualizado el tomismo a la luz de la noción del *esse* como *actus essendi*, que constituye para nuestro filósofo “el corazón de la doctrina”¹. Con ella, Santo Tomás sobrepujó el nivel sustancialista y esencialista de la ontología aristotélica, al afirmar, en el seno de lo real, la presencia del ser (*esse*), como aquel principio metafísico en virtud del cual todo existe. En efecto, Aristóteles se había detenido en la forma, en virtud de la cual el ente es lo que es; pero Santo Tomás divisa el *esse*, como aquello que, al actualizar la esencia, hace de ella y con ella un ente real y existente.

Lamentablemente, como el mismo Gilson observa, esta noción inagotable, que alumbró vivamente toda la historia de la metafísica, se perdió poco después de la muerte de Santo Tomás. Y a nuestro filósofo le cabe el gran mérito de haberla redescubierto, participando así del descubrimiento original realizado por Santo Tomás de una de las nociones filosóficas más seductoras y esclarecedoras de toda la historia de la filosofía. Bastaría acercarse a *L'être et l'essence* o a la reciente versión española de *Being and some philosophers*, titulada *El ser y*

¹ E. Gilson, “Eléments d'une métaphysique thomiste de l'être”, *Archives d'histoire doctrinales et littéraire du moyen âge*, 1973, p. 33.

los filósofos, libros cardinales de la reflexión metafísica, para advertir y apreciar la inmensa relevancia de la noción tomista de *esse*, cuyo olvido explica el nacimiento de tantas cuestiones planteadas por la filosofía moderna y por la filosofía contemporánea.

Asimismo, resulta necesario recordar las obras dedicadas por Gilson al problema del conocimiento, tales como *El realismo metódico* o *Réalisme thomiste et critique de la connaissance*, en las que nuestro filósofo asienta las bases de un sólido realismo filosófico, desestimando a la vez cualquier intento de compaginar el realismo tomista con algún tipo de idealismo. Posiciones antagónicas, el realismo y el idealismo no podrán congeniarse nunca, porque el primero parte de las cosas para capturarlas y conocerlas, mientras que el segundo parte del pensamiento para elaborar, en lugar de conocer, lo que las cosas son.

Gilson ha rehabilitado además el humanismo medieval consagrándole obras inolvidables, tales como *Héloïse et Abélard* o *Les idées et les lettres*, donde destaca los diversos fenómenos que surcan la Edad Media, de la cual no podría haber definición, porque no ha habido una "esencia" de la misma. "Antes de encontrar una fórmula para definir la Edad Media —escribe nuestro autor— sería necesario encontrar una para definir a Eloísa. Yo aconsejaría enseguida buscar otra para definir a Petrarca. Hecho esto, habría que buscar una tercera para definir a Erasmo. Una vez resueltos estos tres problemas, se podría proceder, con toda seguridad, a definir la Edad Media y el Renacimiento. Tres más dos, son cinco imposibilidades"².

Y no quisiéramos cerrar estas líneas sin mencionar algunas de sus últimas obras, como la dedicada a la lingüística, en la cual nuestro filósofo señala el carácter específicamente semántico del lenguaje, o el libro sobre la evolución, donde realiza la apología de la vieja causa final de Aristóteles, noción que explica las mutaciones que padecen los seres vivos en la persecución de su bien, que es su fin. Además, *Les tribulations de Sophie* nos brinda una excelente radiografía de nuestro tiempo, ya que analiza la situación presente del tomismo, el caso Teilhard de Chardin, la idea marxista del hombre y el problema de la temporalización del cristianismo, que afecta en la actualidad a algunos sectores de la Iglesia.

Etienne Gilson nos ha dejado una obra notable, magistral en todas sus páginas, por la riqueza de su contenido, por la precisión de su lenguaje y, sobre todo, por la veracidad de sus ideas. Al leer y releer muchas de sus obras hemos tenido siempre la inequívoca sensación de estar aprendiendo y de comenzar a saber; por ello, consideramos a Etienne Gilson como un maestro, el mejor que hayamos tenido, y sólo queremos aquí agradecerle nuevamente su magisterio, esperando fervientemente que éste se extienda y sea reconocido como un espléndido servicio prestado a la verdad.

Raúl Echauri

² E. Gilson, *Héloïse et Abélard*, Paris, Vrin 1964, p. 167.

HENRI-IRÉNÉE MARROU († 11 abril 1977)

Muy grande es la pérdida sufrida en el campo de los estudios patristicos con la muerte de Henri-Irénée Marrou, historiador infatigable de las ideas de la antigüedad cristiana, fino conocedor y comentador de los textos patristicos griegos y latinos, enamorado de San Agustín y a fuer de buen discípulo agustiniano, lúcido indagador del "misterio de la historia" en esta época que, tras ambas guerras mundiales, asistió a la crisis de las filosofías racionalistas de la historia y del progreso indefinido.

Ahí queda en tal sentido su *Théologie de l'histoire* (Ed. du Seuil, 1968), que había sido precedida, en un terreno más específicamente propio del "historien de métier", como él mismo solía calificarse, por el denso volumen *De la connaissance historique* (Ed. du Seuil, 1954), y aun antes, en 1950, por esa verdadera joyita que es su conferencia sobre *L'ambivalence du temps de l'histoire chez saint Augustin*, en la serie de las Conférences Albert le Grand de Montréal.

Conocedor profundo de las letras clásicas y más aun de esa época difícil, con infinitos matices positivos y negativos, que vio morir el Imperio y esbozarse una nueva etapa con el advenimiento de los pueblos bárbaros, todo ese caudal de erudición se trasluce, con la mesura y discreción que siempre lo caracterizó, en su obra primeriza, varias veces reeditada, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, en su *Histoire de l'éducation dans l'antiquité* también con numerosas reediciones, y en la parte que le corresponde (*De la persécution de Dioclecien à la mort de Grégoire le Grand*) en la *Nouvelle Histoire de l'Eglise* cuya dirección compartió con su viejo amigo el Cardenal Jean Daniélou. Una obrita reciente, *Décadence romaine ou antiquité tardive? (IIIe-IVe siècle)* (Ed. du Seuil, 1979), viene a ser su testamento y precioso legado en este terreno.

Mas no paró ahí la actividad literaria de Henri-Irénée Marrou: en el plano de la divulgación para el gran público, a él se debe el tomito sobre *Saint Augustin et l'augustinisme* en la serie de "Maîtres spirituels" que publican las Editions du Seuil, y en el terreno de la labor paciente del erudito que nos hace accesibles los textos, es responsable de dos volúmenes en la colección "Sources chrétiennes": *A Diognète* (Introducción, traducción y comentario) y *Clément d'Alexandrie; Le Pégagogue (I-III)* (Introducción y notas).

No pretendemos agotar con esta enumeración los títulos de las obras de Marrou, que incluyen también facetas singulares, como las que se traslucen en *Les Troubadours* y en *MOUSIKOS ANHP. Etude sur les scènes de la vie intellectuelle figurant sur les monuments funéraires romains*, que nos remiten al otro Marrou que oculto bajo el velo de un seudónimo, Henri Davenson, volcó durante muchos años su exquisita sensibilidad artística en las columnas de crítica musical de uno de los más importantes diarios franceses y dio a la estampa los *Fondements d'une culture chrétienne* (Bloud et Gay, 1934), un *Traité de la musique selon l'esprit de saint Augustin* (Ed. du Seuil, 1942) y *Le Livre des chansons ou Introduction à la connaissance de la chanson populaire française* (Ed. du Seuil, 1944).

Más allá de su obra estrictamente personal, los estudios patristicos le deben

a Henri-Irénée Marrou todo lo que ha hecho en orden a la formación de discípulos y al aliento y promoción de la investigación rigurosa en ese campo. Ahí están como testimonio los ya numerosos volúmenes de la colección "Patristica Sorbonensia" que él fundara y que son, su mayor parte, tesis doctorales realizadas bajo su dirección. Y ahí queda también la Association Internationale d'Etudes Patristiques, que él contribuyó a fundar y presidió hasta su muerte.

Finalmente, no queremos cerrar esta nota sin una referencia a las calidades humanas de Henri-Irénée Marrou, amigo leal de sus amigos, que supo confiar en ellos y mantener invariable su amistad en las horas más difíciles. Cuando la calumnia y la maledicencia pretendieron afectar la memoria de Jean Daniélou, su amigo y colega de tantos años y de tantas empresas comunes, Henri-Irénée Marrou no vaciló, y aun antes del esclarecimiento total de los hechos tomó decidido partido en defensa del honor de quien ya no podía hacerlo personalmente. Suscribió luego, juntamente con el Provincial de los jesuitas de Francia, un documento que ponía las cosas en su lugar. Y juntamente con otras personalidades francesas y extranjeras de primerísimo nivel, tanto del campo intelectual como de diversos campos religiosos, fundó la *Association des Amis du Cardinal Daniélou*, que presidió hasta el día de su muerte.

Queda por todo ello su recuerdo —así como el de su esposa y colaboradora en varias de sus obras, Jeanne Ancelet-Hustache, cuya muerte en un accidente automovilístico en 1976 lo había afectado muy profundamente— imborrable en la memoria de quienes tuvieron el privilegio de conocerlos y de gozar de su amistad o de su magisterio, y en el círculo muchísimo más amplio de los estudiosos que, en todo el mundo, se beneficiaron con su erudición no menos que con su sabiduría.

María Mercedes Bergadá

P. CHARLES BOYER, S. J. (1884-1980)

El 22 de marzo del pasado año 1980 falleció en Roma, donde había pasado la mayor parte de su larga y fecunda vida, este eminente estudioso de la filosofía tomista y del pensamiento de San Agustín.

Había nacido en Pradelles (Haute-Loire) el 4 de diciembre de 1884. Ingresó muy joven a la Compañía de Jesús, y tras sus años de formación comenzó en Francia la enseñanza de la filosofía pero pocos años después fue llamado a ocupar una cátedra en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, donde había de enseñar filosofía y teología a lo largo de 46 años hasta que a edad ya avanzada se retiró de la enseñanza, sin que ello significara empero disminuir su actividad como autor de numerosos trabajos y especialmente como Secretario de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino, cargo para el que fuera designado en 1932, y como director de la revista "Doctor Communis", órgano de la misma en cuya fundación fue factor decisivo.

Además de su *Cursus philosophicus* ampliamente difundido en su momento, y de sus numerosos artículos, el P. Boyer ocupa un lugar destacado en las filas de los estudiosos del pensamiento agustiniano por dos libros que fueron primicias de su juventud: *Christianisme et néoplatonisme dans la formation de saint Augustin*, publicado en París en 1920 como una inmediata réplica a la polémica tesis de P. Alfaric aparecida un año antes, y *L'idée de vérité dans la philosophie de saint Augustin*, cuya primera edición también vio la luz en París en 1920. Ambas obras fueron reeditadas posteriormente, y en 1947 publicó en Milán, bajo el título *Sant'Agostino*, una reunión de diversos trabajos sobre el doctor de Hipona, que luego fuera ampliada y reeditada en Bolonia en 1965 como *Sant'Agostino filosofo*.

La vida toda del P. Boyer, a lo largo de sus 95 años, deja un testimonio de amor insobornable a la verdad, de rigor científico y laboriosidad constante, y de un magisterio fecundo ejercido durante medio siglo sobre una legión de discípulos provenientes de todas partes del mundo.

M. M. B.

Prof. PIERRE COURCELLE (1912-1980)

El 27 de julio del pasado año falleció en Francia el Profesor Pierre Courcelle, mundialmente conocido por sus *Recherches sur les "Confessions" de saint Augustin*, que alcanzó varias ediciones y marca un hito en los estudios agustinianos.

Nacido en Orléans el 16 de marzo de 1912, realizó sus estudios superiores en la Ecole Normale Supérieure y en la Ecole Nationale des Chartes, y allí fueron sus maestros figuras de la talla de Etienne Gilson, Pierre de Labriolle, Emile Mâle, Jules Marouzeau.

Tras sus primeros años de docencia universitaria en el interior de Francia y en Algeria, entre 1944 y 1952 fue profesor en la Sorbonne y director de estudios en la Ecole Pratique des Hautes Etudes. En 1952 fue designado en el Collège de France y en 1966 sucedió a Marouzeau como miembro del Instituto en la Académie des Inscriptions et des Belles-Lettres.

Su investigación, a la vez literaria e histórica pero siempre en torno a la producción filosófica, se movió siempre en una línea que, arrancando de la antigüedad griega, llegaba hasta los comienzos de la Edad Moderna. Primicias de esta vocación fueron las páginas de su tesis doctoral, *Les lettres grecques en Occident, de Macrobie à Cassiodore*, que acota ya magistralmente el terreno que después se iría ahondando en sucesivos libros en los que la erudición sabe aliarse con la expresión literaria. Recordemos entre ellos, aparte del que ya mencionamos al comienzo, sus *Recherches sur Saint Ambroise* (París, 1971), *La Consolation de la Philosophie dans la tradition littéraire* (París, 1967), *Le "Connais-toi toi-même" de Socrate à Saint Bernard* (París, 1977), y finalmente *Lecteurs païens et chrétiens des Ennéades*, su obra póstuma que acabó poco antes de morir.